

Tradición sapiencial y tecnocracia

PEDRO MORANDÉ

Revista Cultura Económica
Año XXVII • N° 75 / 76
Agosto - Diciembre 2009: 128-133

El propósito de la nueva Encíclica *Caritas in veritate* es actualizar el magisterio de la *Populorum progressio* de Pablo VI, después de algo más de cuarenta años de su publicación, ya que es considerada por el actual Pontífice como la *Rerum Novarum* de la época contemporánea (CV, 8). Muchos son los temas importantes abordados por Benedicto XVI en esta monumental Encíclica. De entre ellos quisiera concentrarme fundamentalmente en el párrafo 70 del capítulo VI, que lleva por nombre “El desarrollo de los pueblos y la técnica”, puesto que en él se refleja uno de los desafíos más profundos que enfrenta el mundo actual, como también, una de las más luminosas novedades del magisterio social pontificio.

Se hizo muy conocida la afirmación de Pablo VI con respecto a que el auténtico desarrollo debía ser de “todo el hombre y de todos los hombres”. Esta afirmación, que Benedicto XVI hace suya, y que explica ahora en el nuevo contexto histórico del problema del desarrollo, tiene dos dimensiones. La expresión “todo el hombre”, alude al fundamento, es decir, a la verdad del hombre, a su dimensión trascendente, a su condición espiritual y, sobre todo, a su vocación de eternidad. Desde este punto de vista, afirma muy agudamente la Encíclica que “Pablo VI nos ha querido decir, ante todo, que el progreso, en su fuente y en su esencia, es una vocación” (CV, 16), lo que significa, por una parte, que es la respuesta a una llamada trascendente, del propio Creador, y por tanto, que el progreso no puede darse como un significado último en sí mismo y, por otra, que tal respuesta requiere ser libre y responsable (CV, 17). Como lo ha hecho ya tantas veces, ésta es una clara invitación del Papa a expandir el horizonte de la mirada, a ensanchar la razón, también en relación con

las realidades sociales contingentes.

Por su parte, la expresión “todos los hombres” tiene como horizonte histórico la creciente interdependencia de los pueblos, que a mediados de los años sesenta comenzaba ya a manifestarse, pero que, cuarenta años después, es tan evidente que el Papa la califica como un “estallido de la interdependencia planetaria, comúnmente llamada globalización” (CV, 33). El horizonte de la justicia y de la paz sobrepasa, entonces, las fronteras del poder político local y de los Estados nacionales y reconoce esta nueva forma de relacionalidad que afecta a todas las personas y pueblos de la tierra: “El desarrollo de los pueblos –dice la Encíclica– depende sobre todo de que se reconozcan como parte de una sola familia, que colabora con verdadera comunión y está integrada por seres que no viven simplemente uno junto a otro” (CV, 53).

Evidentemente, esta nueva escala planetaria del fenómeno humano no sería posible sin la técnica. En una primera etapa, se vinculó a la imprenta y al transporte, permitiendo la expansión de Europa a ultramar, el desarrollo del comercio internacional, la constitución de las ciencias empíricas y la consolidación del Estado de Derecho. Ahora, la revolución electrónica de las comunicaciones ha permitido la circulación de capitales y de informaciones de todo tipo a nivel mundial, haciendo posible la presencia virtual de personas y acontecimientos, en tiempo real, en cualquier sitio de la tierra. Esta tan poderosa herramienta, de la cual la humanidad se ha beneficiado con abundantes frutos en todos los ámbitos de la actividad social, está alterando, sin embargo, la propia mentalidad de los pueblos, con el peligro consiguiente de que dejen de buscar el sentido último de todo y de que no com-

prendan más el desarrollo como vocación. Dice el Papa: “El desarrollo tecnológico puede alentar la idea de la autosuficiencia de la técnica, cuando el hombre se pregunta sólo por el *cómo*, en vez de considerar los *porqués* que lo impulsan a actuar. Por eso, la técnica tiene un rostro ambiguo. Nacida de la creatividad humana como instrumento de la libertad de la persona, puede entenderse como elemento de una libertad absoluta, que desea prescindir de los límites inherentes a las cosas. El proceso de globalización podría sustituir las ideologías por la técnica, transformándose ella misma en un poder ideológico, que expondría a la humanidad al riesgo de encontrarse encerrada dentro de un *a priori* del cual no podría salir para encontrar el ser y la verdad” (CV, 70).

La frase me recuerda muy directamente las afirmaciones de Nietzsche sobre el nihilismo, el cual definió como aquella situación en que falta la finalidad, falta la respuesta a la pregunta por el porqué. Ahora pareciera no sólo faltar la respuesta, sino hasta la misma pregunta. Nietzsche apelaba a la insatisfacción que producían las respuestas ofrecidas por la metafísica sobre el destino humano, pensando que ella situaba los valores en una esfera que el ser humano no podía alcanzar. Ahora, en cambio, pareciera que la tecnología pone los valores al alcance de la mano de un gran número de personas. Sin embargo, tales valores no se refieren al “porqué”, sino sólo al “cómo” con el riesgo de encontrar respuestas sólo para la pregunta por la eficiencia y la utilidad. Por ello, afirma el Papa que la sustitución de las ideologías por la técnica la transforma a ella misma en un poder ideológico, sobrepasando su condición de instrumento hasta convertirse en criterio de juicio y en oferta de una suerte de pseudofinalidad. Desgraciadamente, no se trata de un peligro eventual, sino de una situación que podemos constatar cotidianamente en la política, la economía, los medios de comunicación social y hasta en los mismos fenómenos culturales, como atestigua la difundida *new age*. Pero el ámbito en el que resulta más gravoso que en ningún otro es, ciertamente, el de la manipulación biotecnológica de la vida humana misma, que la despoja de su carácter de don recibido para transformarla en producto encargado a la industria correspondiente.

Por ello, la Encíclica quiere ofrecer un criterio de juicio diferente, sapiencial, que permita salir del encierro del *a priori* tecnológico

hacia la verdad del ser. Para ello es necesario restituir la pregunta por la finalidad. Así, continúa el texto: “Cuando el único criterio de verdad es la eficiencia y la utilidad, se niega automáticamente el desarrollo. En efecto, el verdadero desarrollo no consiste principalmente en hacer. La clave del desarrollo está en una inteligencia capaz de entender la técnica y de captar el significado plenamente humano del quehacer del hombre, según el horizonte de sentido de la persona considerada en la globalidad de su ser” (CV, 70). Este horizonte de sentido es el que se propone desde la clave de lectura que representa observar todos los acontecimientos sociales con los ojos de la “caridad en la verdad”. La antropología cristiana suele resumirlo en la fórmula “ser para el don” puesto que toda la inteligencia y la libertad humanas se juegan en la respuesta que las personas quieran dar al don de la vida recibida y aceptada como tal. Desde este horizonte la misma técnica se descubre en su humanidad. Dice la Encíclica: “La técnica –conviene subrayarlo– es un hecho profundamente humano, vinculado a la autonomía y libertad del hombre. En la técnica se manifiesta y confirma el dominio del espíritu sobre la materia” (CV, 69). Y apelando a las enseñanzas de Juan Pablo II sobre el trabajo humano continúa: “Responde a la misma vocación del trabajo humano: en la técnica, vista como una obra del propio talento, el hombre se reconoce a sí mismo y realiza su propia humanidad. La técnica es el aspecto objetivo del actuar humano, cuyo origen y razón de ser está en el elemento subjetivo: el hombre que trabaja. Por eso, la técnica nunca es sólo técnica. Manifiesta quién es el hombre y cuáles son sus aspiraciones de desarrollo, expresa la tensión del ánimo humano hacia la superación gradual de ciertos condicionamientos materiales. *La técnica, por lo tanto, se inserta en el mandato de cultivar y custodiar la tierra* (cf. Gn 2,15), que Dios ha confiado al hombre, y se orienta a reforzar esa alianza entre ser humano y medio ambiente que debe reflejar el amor creador de Dios” (CV, 69).

La prioridad que puso el magisterio de Juan Pablo II en la dimensión subjetiva del trabajo humano por encima de su dimensión objetiva y que ahora extiende Benedicto XVI al ámbito de la técnica, es lo que lleva a la inteligencia a descubrir el desarrollo propiamente como vocación, como respuesta a esa exhortación original del amor creador de Dios que pone al ser humano en camino hacia su

destino. Como explica muy bien Heidegger, la técnica es un modo de aproximación a la realidad que considera a ésta esencialmente como magnitud, es decir, como algo susceptible de ser medido y comparado en su cantidad. Pero ésta es una capacidad que tiene la propia inteligencia humana que descubre también, y al mismo tiempo, que tal capacidad no puede ser aplicada a la vida del espíritu, que desborda toda magnitud cuando comprende la gratuidad del amor y de la vida misma. Desde la propia técnica se suele dar a este “más allá de la técnica” el nombre de “casualidad”, palabra que no expresa otra cosa que la confesión de perplejidad, de no saber la causa o el origen de la realidad considerada. Para la inteligencia misma del espíritu no puede existir la casualidad, puesto que el acto mismo del comprender, incluida la expresión “casualidad”, está antecedido o anticipado por la exhortación inicial que suscita en la inteligencia el acto de preguntar y que la pone en el camino del pensar. Por ello, la inteligencia que busca la verdad está abierta a la caridad que, por su propia naturaleza, es desmesura, sobreabundancia del don.

Desde el punto de vista de la acción, la libertad que nace y se comprende a sí misma desde la apertura humana al don, no es indeterminación o indiferencia, sino la búsqueda de la responsabilidad de los actos propios y de los demás seres humanos con los que se permanece en relación, para conducirlos al camino que realiza la vocación. Por ello afirma el Papa que *“la libertad humana es ella misma sólo cuando responde a esta atracción de la técnica con decisiones que son fruto de la responsabilidad moral*. De ahí la necesidad apremiante de una formación para un uso ético y responsable de la técnica. Conscientes de esta atracción de la técnica sobre el ser humano, se debe recuperar el verdadero sentido de la libertad, que no consiste en la seducción de una autonomía total, sino en la respuesta a la llamada del ser, comenzando por nuestro propio ser” (CV, 70). En este sentido se entiende también la responsabilidad que tienen los seres humanos por la realización del bien común, que no es un genérico bien general del conjunto de los hombres, sino aquel bien que relacionadamente compartido permite la realización recíproca de la vocación. Los cristianos sabemos que esta vocación humana que se realiza en el bien, en la verdad y en la belleza se llama santidad. Pero aún quien no ha recibido el don de la fe, podrá comprender que los bienes

que espera sólo pueden ser fruto de la responsabilidad moral asumida en la comunión que nace de una cultura compartida.

Pienso que muchas personas podrían entender el mensaje de esta Encíclica como una respuesta a la crisis económica y financiera experimentada por el mundo en los últimos dos años. Encontrarán numerosos pasajes de este texto Pontificio que son iluminadores a este respecto. Pero los desafíos que identifica el Pontífice en esta hora de emergencia de la sociedad mundial, con una interdependencia planetaria –como la llama– son mucho más profundos y de largo aliento. Mientras Pablo VI y Juan Pablo II habían podido identificar todavía, en sus respectivas épocas, los errores antropológicos que anidaban en las ideologías que buscaban legitimar diferentes formas de poder, la nueva Encíclica de Benedicto XVI identifica más bien la distorsión antropológica con la técnica y su pretensión de alcanzar la autosuficiencia humana o, si se quiere, la técnica convertida ella misma en un “poder ideológico”. Con ello, los interlocutores del discurso pontificio ya no son sólo los poderes del Estado y de sus gobiernos sino todos los seres humanos que se valen de la técnica para producir y gobernar el ritmo cotidiano de su trabajo y de su toma de decisiones. La tradicional distinción entre la esfera pública y la privada está hoy día atravesada igualmente por la técnica: desde la economía a la salud, desde el deporte a la educación formal, desde la familia a la procreación, desde los medios de comunicación de masas hasta la política. En todas estas áreas y en muchas otras, la técnica encarna esta nueva forma de autosuficiencia que desorienta a los seres humanos respecto a cuál es su finalidad y, consiguientemente, respecto a dónde pueden poner confiadamente su esperanza.

El magisterio de este Papa pareciera indicarnos que lo único que puede contrarrestar esta visión unilateral de la tecnología acerca de la orientación del proceso humano y de su desarrollo es la inteligencia que nace de las tres virtudes teologales, puesto que su reconocimiento abre la razón a la gracia, a aquello que trasciende la vida humana, porque no corresponden al diseño de un producto industrial calculado previamente en su magnitud y utilidad, sino a la gracia divina que se recibe con la libertad y la responsabilidad que corresponden a la recepción de un don gratuito. La invitación, en consecuencia, es a pasar de las preguntas por “el cómo” a las preguntas

por “el porqué” de tal manera que sean una respuesta a los anhelos de infinito de quienes han sido creados a imagen y semejanza de su Creador. Este principio de sabiduría necesita volver a encarnarse en las culturas de los pueblos para que sea la eficaz garantía de una convivencia social en justicia y paz.

* Este artículo fue previamente publicado en el *Boletín de Doctrina Social de la Iglesia*, Observatorio Internacional Van Thuan - Centro de Pensamiento Social Católico Universidad Católica de San Pablo, V (2009) 3, pp. 89-92.

Technocracy and Wisdom

The purpose of the new Encyclical, *Caritas in veritate* is to upgrade the teaching of Paul VI's *Populorum Progressio*. After more than forty years of its publication, the latter is considered by the present Pope as the *Rerum Novarum* of our time (CV, 8). There are many important issues addressed by Benedict XVI in this monumental Encyclical. Among them I would like to concentrate mainly in paragraph No. 70 of Chapter VI, which bears the name “The development of people and technology” for it contains one of the most profound challenges facing the world today and also one of the brightest novelties of the Papal social teaching.

Paul VI's statement regarding development became well known: true development should be of the “whole man and all men”. This statement, which Benedict XVI endorses and explains now in the new historical context of the development problem, has two dimensions. The term “whole person” refers to the foundation, i.e. to the truth of man, his transcendent dimension, his spiritual condition and, above all, his vocation for eternity. From this point of view, the Encyclical very acutely says that “Paul VI taught that progress, in its origin and essence, is first and foremost a vocation” (CV, 16), which means, on the one hand, that it is the answer to a transcendent call of the Creator; therefore progress cannot have an ultimate meaning in itself, and, on the other hand, that such a response needs to be free and responsible (CV, 17). As he has done so many times, this is

a clear invitation from the Pope to expand our horizon of vision, to widen the reason, also in relation to contingent social realities.

Besides, the historical horizon of the expression “all men” is the growing interdependence of peoples, which was beginning to manifest itself in the mid-sixties and that forty years later has become so obvious that the Pope calls it an “explosion of worldwide interdependence, commonly known as globalization” (CV, 33). The horizon of peace and justice exceeds, then, the boundaries of local political power and national States and acknowledges this new form of relatedness that affects all people and peoples of the earth: “*The development of peoples depends, above all, on a recognition that the human race is a single family working together in true communion, not simply a group of subjects who happen to live side by side*” (CV, 53). Obviously, this new global scale of the human phenomenon would not be possible without technology. In a first stage, technology was linked to printery and transportation, allowing the expansion of Europe overseas, the development of international trade, the establishment of empirical sciences and the strengthening of the rule of law. Now the electronic revolution in communications has enabled the worldwide circulation of capital and information of every kind, which implies the virtual presence of people and events in real time, anywhere on earth. This very powerful tool, which has benefited mankind with abundant fruit in all spheres of social activity, is changing, however, the very mentality of peoples, with the consequent risk of stopping the search for the ultimate meaning of everything and the understanding of development as a vocation. The Pope argues: “Technological development can give rise to the idea that technology is self-sufficient when too much attention is given to the ‘how’ questions, and not enough to the many ‘why’ questions underlying human activity. For this reason technology can appear ambivalent. Produced through human creativity as a tool of personal freedom, technology can be understood as a manifestation of absolute freedom, the freedom that seeks to prescind from the limits inherent in things. The process of globalization could replace ideologies with technology, allowing the latter to become an ideological power that threatens to confine us within an *a priori* that holds us back from encountering being and truth” (CV, 70).

This phrase directly reminds me of

Nietzsche's statements on nihilism, which he defined as a situation that lacks of purpose, in which there is no answer to the question why. Now it seems that we have missed not only the answer, but also the question. Nietzsche appealed to the dissatisfaction produced by the responses given by metaphysics to human destiny; he thought that metaphysics were placing the values in a field that human beings could not attain. Now, instead, it seems that technology puts values at the reach of a large number of people. However, these values do not refer to the "why" but only to the "how" with the risk of finding answers only to the question for efficiency and utility. Therefore, the Pope argues that the replacement of ideology by technology transforms the latter into an ideological power, transforming its condition of instrument into a criterion for judgment and offering a sort of pseudo-finality. Unfortunately, it is not only a possible danger, but a situation that we can see everyday in politics, economy, media and even in the very cultural phenomena, as evidenced by the widespread "new age". But the area in which it is more burdensome than in any other is, certainly, the biotechnological manipulation of human life itself, stripping it of its character of received gift and transforming it into a product of a particular industry.

Thus the Encyclical wants to offer a different criterion, a kind of wisdom that allows us to abandon the confinement of the technological *a priori* to approach the truth of being. In order to attain this, it is necessary to restore the question of purpose. Thus, the text continues: "But when the sole criterion of truth is efficiency and utility, development is automatically denied. True development does not consist primarily in 'doing'. The key to development is a mind capable of thinking in technological terms and grasping the fully human meaning of human activities, within the context of the holistic meaning of the individual's being" (CV, 70). This is the horizon of meaning that is proposed by observing all social events through the eyes of "charity in truth". Christian anthropology often synthesizes this in the formula "being for the gift", for intelligence and human freedom are at stake in the response that people want to give to the gift of life received and accepted as such. From this horizon, technology can be found in its humanity. The Encyclical says: "Technology –it is worth emphasizing– is a profoundly human reality,

linked to the autonomy and freedom of man. In technology we express and confirm the hegemony of the spirit over matter" (CV, 69). And appealing to the teachings of John Paul II on human work continues: "It touches the heart of the vocation of human labour: in technology, seen as the product of his genius, man recognizes himself and forges his own humanity. Technology is the objective side of human action whose origin and *raison d'être* is found in the subjective element: the worker himself. For this reason, technology is never merely technology. It reveals man and his aspirations towards development; it expresses the inner tension that impels him gradually to overcome material limitations. *Technology, in this sense, is a response to God's command to till and to keep the land* (cf. Gen 2:15) that he has entrusted to humanity, and it must serve to reinforce the covenant between human beings and the environment, a covenant that should mirror God's creative love" (CV, 69).

The priority placed by the teaching of John Paul II in the subjective dimension of human work above its objective dimension is now extended by Benedict XVI to the realm of technique, and it is what leads the intelligence to discover true development as a vocation, as a response to the original appeal of the creative love of God that puts human beings on their way to their destination. As Heidegger rightly explains, the technique is a way of approximating reality which sees it essentially as magnitude, i.e. as something that can be measured and compared in quantity. But this is an ability of human intelligence that cannot be applied to spiritual life, which surpasses all sizes when the gratuity of love and of life itself is understood. In the field of technique, the realm of what goes beyond technology is called "chance", a word that does not express anything other than the confession of perplexity produced by not knowing the cause or source of the reality in question. For the spiritual intelligence there can not be such a thing as chance, since the very act of understanding, including the term "chance", is preceded or anticipated by the initial call on the intelligence that arises the act of asking and that puts it in the way of thinking. So the intelligence that seeks the truth is open to charity which, by its very nature, is an excess, the superabundance of gift.

From the point of view of action, the freedom that derives and understands itself

from the human openness to the gift, is not uncertainty or indifference, but the search of the responsibility for its own acts and for the other human beings to whom one is related to, in order to lead the way that fulfills vocation. So, the Pope says that “*But human freedom is authentic only when it responds to the fascination of technology with decisions that are the fruit of moral responsibility.*” Hence the pressing need for formation in an ethically responsible use of technology. Moving beyond the fascination that technology exerts, we must reappropriate the true meaning of freedom, which is not an intoxication with total autonomy, but a response to the call of being, beginning with our own personal being” (CV, 70). This is how the responsibility of human beings towards common good should be understood. It is not a generic good of all men, but that kind of good which relationally shared allows the mutual realization of vocation. Christians know that the human vocation that is performed in good, truth and beauty is called holiness. But even if the gift of faith has not been received, one can understand that property can only be expected as a result of the assumed moral responsibility in the communion that is born from a shared culture.

I think that many people could understand the message of this Encyclical as a response to the economic and financial crisis that the world experienced in the last two years. They will find many passages of the Papal text that are illuminating in this regard. But the challenges that the Pope identifies in this emergency hour of the global society, of global interdependence –as the he calls it–, are much deeper and of long-term duration. While Paul VI and John Paul II identified in their respective times the errors that nested in the anthropological ideologies that attempted to legitimate various forms of power, the new Encyclical of Benedict XVI identifies the anthropological distortion with technique and its aspiration to human self-sufficiency, or, if you will, with technique becoming an “ideological power” in itself. In doing so, the interlocutor of the Papal speech is no longer

just the power of the State and its governments, but all the people who use technique to produce and run the daily rhythm of their work and their decisions. The traditional distinction between public and private sphere is also traversed today by technique: from the economy to health, from sports to formal education, from family to procreation, from the mass media to politics. In all of these areas and in many others, technique embodies this new form of self-sufficiency that misleads human beings regarding what their purpose is and, consequently, regarding where they can confidently put their hope.

The teaching of this Pope seems to indicate that the only thing that can counteract this unilateral view of technology on the orientation and development of the human process is the understanding that comes from the three theological virtues. Its recognition opens reason to grace, to what transcends human life, because the theological virtues do not correspond to the design of an industrial product previously calculated in its magnitude and utility, but to divine grace that is received with the freedom and responsibility that correspond to the reception of a free gift. The invitation is, therefore, to move beyond the questions of “how” and to reach the questions of “why” so that they are a response to the infinite longings of those who have been created in the image and likeness of their Creator. This principle of wisdom needs to incarnate once more in the cultures of the peoples in order to be the effective guarantee of social coexistence in justice and peace.

* This article was previously published in the *Boletín de Doctrina Social de la Iglesia*, Observatorio Internacional Van Thuan - Centro de Pensamiento Social Católico Universidad Católica de San Pablo, V (2009) 3, pp. 89-92.

Traducción: Carlos Hoewel